

# El difícil camino de la integración regional<sup>1</sup>

Roberto Pizarro\*

## Introducción

*Se van a cumplir casi cincuenta años de esfuerzos integracionistas en América Latina y sus resultados son decepcionantes. No sólo porque las exportaciones intrarregionales apenas alcanzan al 15%<sup>2</sup> del total que nuestros países transan en el mercado mundial sino porque las acciones concretas a favor de la unión regional se han oscurecido, la retórica se acrecienta y las controversias se acentúan, con preocupantes distanciamientos diplomáticos. Ya no basta con decir, hay que realizar.*

### No basta con decir

En primer lugar, los países del norte de América Latina se han plegado formalmente a EE.UU.: México en el NAFTA y los cinco países de Centroamérica asociados mediante un TLC.

En segundo lugar, la virtual renuncia a la formación de un bloque regional de países que tienen una misma historia queda de manifiesto cuando las iniciativas gubernamentales de integración en curso sólo apuntan a los países de Sudamérica y se han olvidado de México y de los países del Istmo Centroamericano. Así se observa con la iniciativa de la Unión Sudamericana de Naciones (UNASUR), el Banco del Sur o los proyectos de infraestructura en el denominado IIRSA. A esto se agregan los infructuosos esfuerzos de la Asociación Latinoamérica de Integración (ALADI)<sup>3</sup> por construir una zona de libre comercio sobre la base de encontrar convergencias en las desgravaciones arancelarias y en la homogenización de las disciplinas comerciales contenidas en los Acuerdos bilaterales de Complementación Económica (ACE).

Incluso las iniciativas por hacer avanzar la integración de los propios países de

América del Sur presentan dificultades. En efecto, la Comunidad Andina de Naciones (CAN), después de casi cuarenta años de su constitución<sup>4</sup>, no ha sido capaz de establecer un arancel externo común y su debilitamiento es inocultable a partir de abril del 2006, con el retiro de Venezuela de la CAN. Por su parte, el MERCOSUR, que tantas esperanzas ofreció a la región en los años noventa, muestra actualmente un panorama desalentador. Los conflictos comerciales entre Argentina y Brasil han sido persistentes a partir la devaluación brasileña de 1999, los que se acentuaron con la grave crisis argentina y la modificación del sistema de paridad, a partir de enero 2002. A ello se ha agregado el duro conflicto entre Uruguay y Argentina por la construcción de dos plantas de celulosa en la frontera entre ambos países, lo que ha llevado a una controversia al Tribunal Internacional de La Haya, con duros enfrentamientos bilaterales. Sin una institucionalidad para resolver adecuadamente los conflictos, con un arancel externo perforado y una clara disminución del comercio subregional en relación a las exportaciones al resto del mundo, el estancamiento del MERCOSUR se torna manifiesto.

\* Economista chileno, ex Ministro de Planificación.

Finalmente, Chile ha seguido un camino propio de apertura al mundo, pero también paradigmático de las dificultades de la integración regional. Chile se encuentra al margen de iniciativas subregionales desde que dejó el Grupo Andino en 1976 y, a partir de 1990, con la recuperación de la democracia, se comprometió en una vigorosa ofensiva negociadora suscribiendo Acuerdos de Complementación Económica, en el marco de ALADI, con todos los países de Sudamérica y México. Sin embargo, en el año 2000, y en medio de la negociación para su incorporación plena al MERCOSUR, hizo un giro radical a favor de la firma de un TLC con los EE.UU. Ello no le ha ayudado en sus relaciones políticas con el entorno vecinal y más bien le ha generado una incómoda situación de aislamiento. No obstante, Chile ha perseverado en su camino propio, suscribiendo TLC con los más importantes países industrializados y de desarrollo intermedio en otros continentes.

En este cuadro, y al cabo de décadas de esfuerzos, el argumento que la Unión Europea tardó largos años en constituirse como tal, y que algunos esgrimen para justificar nuestras dificultades para avanzar en la integración latinoamericana, ha perdido validez. El camino recorrido por la Unión Europea también ha sido largo y difícil, pero desde la Comunidad del Acero y el Carbón, a comienzos de los años cincuenta sus avances han sido sistemáticos y ascendentes hasta constituirse hoy en una realidad exitosa de integración.

Tanto es así que incluso la reciente incorporación a la Unión Europea de los países que hasta fines de los años ochenta eran parte del bloque soviético, ha resultado un proceso sin mayores traumas.

### **Integración en Prebisch y el pensamiento de la CEPAL**

Para Prebisch, el gran economista fundador del pensamiento de la CEPAL, la búsqueda deliberada -no espontánea- de la industrialización constituía el camino insoslayable para salir del subdesarrollo. Porque al industrializarse las economías periféricas, las técnicas modernas se extenderían a un número más amplio de actividades económicas, en especial en el ámbito de las manufacturas y así se diversificaría el patrón productivo, disminuiría la dependencia desde los centros capitalistas (precisamente de las maquinarias y tecnologías) y se reduciría la heterogeneidad estructural en lo económico y social<sup>5</sup>.

Sin embargo, al cabo de algunos años, Prebisch se daría cuenta que la industrialización, al menos en los países más avanzados de la región, había agotado las

posibilidades de sustitución de importaciones para el mercado interno en bienes de consumo no duraderos. En consecuencia, era necesario iniciar formas más complejas de industrialización en bienes intermedios, de capital y consumo durables los que exigirían mercados más amplios. De aquí surgió su propuesta para la formación, de un Mercado Común Latinoamericano.

Así las cosas, la integración latinoamericana le daría mayor racionalidad a la industrialización al operar en escalas más elevadas, estimulando aún más la sustitución de importaciones; y, al mismo tiempo, serviría como instrumento para acumular experiencia exportadora entre países vecinos y consecuentemente esa sería una antesala para conquistar los mercados de los países desarrollados<sup>6</sup>.

La industrialización como eje del desarrollo y posteriormente el mercado común como requisito para avanzar a etapas más complejas de aquella son componentes sustanciales del pensamiento económico de la CEPAL de los años sesenta y setenta. Con esos fundamentos conceptuales es que los países de América Latina configuran la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) en 1960, el Mercado Común Centroamericano (MCCA) en esa misma fecha y posteriormente el Grupo Andino en 1969.

Sin embargo, estos esquemas de integración no fueron capaces de materializar las ideas fundantes de Prebisch; vale decir, conformar un mercado común que facilitara la industrialización y redujera su dependencia tecnológica de los centros. Lamentablemente, predominaron egoístas intereses nacionales a favor de la protección de los mercados internos y desconfianzas políticas para ceder soberanía. Por ello los avances en la apertura de mercados fueron modestos, con agotadoras negociaciones arancelarias producto a producto, en el marco de la ALALC; al mismo tiempo, la empresa privada fue incapaz de explotar el mercado ampliado, a pesar de las concesiones favorables que se le entregaron en el Grupo Andino<sup>7</sup>; y, los propios gobiernos, principales agentes promotores de la integración, no pudieron coordinar inversiones, tecnología y mercados sobre la base de las empresas públicas, en un momento histórico en que el Estado ejercía un elevado control en actividades productivas y servicios.

En suma, en la fase de industrialización y sustitución de importaciones de los países de América Latina no se logró el objetivo de construir sólidas capacidades productivas nacionales y de generar un desarrollo industrial y tecnológico en un espacio ampliado regional. Más aún, las modestas capacidades industriales se desmontarían posteriormente con la emergencia del modelo neoliberal. En cambio, los denominados tigres

asiáticos, incluso sin proponerse iniciativa alguna de integración, en ese mismo período diversificarían sus economías, iniciarían su camino hacia el desarrollo, convirtiéndose en dinámicos exportadores de manufacturas.

### **Integración regional en la fase del neoliberalismo**

En los años setenta en algunos países y generalizadamente en los ochenta se iniciaría una seria crisis del modelo de desarrollo que había caracterizado a la región por varias décadas. La hiperinflación y el elevado endeudamiento marcaron las particularidades de dicha crisis. Para obtener recursos frescos del Banco Mundial y el FMI los países de América Latina se vieron obligados a impulsar no sólo ajustes antiinflacionarios sino también reformas estructurales muy radicales.

Esas reformas transformarían radicalmente el modelo de desarrollo. A partir de entonces, las políticas públicas y la institucionalidad económico-social en los países de la región han apuntado a una apertura económica indiscriminada al mundo; se ha hecho radicar todo el accionar económico en el mercado, con mínima intervención estatal; se ha instalado una política económica con superávit fiscal, para abrir mayor espacio al sector privado; y, se ha aceptado la incorporación de los negocios en el área social, mientras el sector público, en el marco de políticas tributarias restrictivas, se reduce a la focalización de sus modestos recursos en sectores de extrema pobreza. Estos ejes son los que conforman el nuevo modelo económico en la región, el denominado Consenso de Washington<sup>8</sup>, conocido corrientemente como neoliberalismo.

Terminada la industrialización como prioridad del desarrollo los países de la región optan por una apertura económica indiscriminada al mundo. Ésta se ha realizado de forma unilateral, con una reducción radical de los aranceles, el mismo tratamiento a la inversión extranjera y nacional y la libertad de flujos financieros. Pero también la apertura se ha llevado a cabo bilateralmente, mediante acuerdos comerciales no sólo entre países de la región sino también a través de tratados de libre comercio con los países industrializados y de desarrollo intermedio, lo que ha sido manifiesto en los casos de Chile y México desde mediados de los años noventa, lo que recientemente se ha extendido a Centroamérica y otros países de Sudamérica. Finalmente, la apertura también ha sido multilateral, con su expresión más evidente en las negociaciones de la Ronda Uruguay, en el período 1986-1994, las que concluyeron con compromisos mucho más allá de las desgravaciones

arancelarias, consagrando la apertura en servicios y la protección de la propiedad intelectual. El GATT se transformó así, en 1995, en la Organización Mundial de Comercio (OMC) y con responsabilidad por los más variados ámbitos vinculados a las relaciones económicas internacionales.

En esta concepción dominante, de apertura económica al mundo, con un pensamiento neoliberal instalado en la academia, en los organismos internacionales y en las políticas públicas nacionales es que nace el denominado "regionalismo abierto" en América Latina. Concepto nunca aclarado suficientemente, interpretado de formas muy diversas, pero que en la práctica ha servido para terminar con la prioridad de la integración regional, que nos enseñara Prebisch en su documento fundacional de 1959<sup>9</sup>. Con ese concepto de "regionalismo abierto" la CEPAL, a partir de los años noventa, promoverá una articulación comercial indiscriminada con el mundo, independientemente de las regiones y países que se trate. Entonces, la integración regional ya no sólo encontrará los tradicionales obstáculos en su difícil caminar sino también pondrá en evidencia que sus propios fundadores perdieron entusiasmo con la idea que ellos mismos inventaron.

Se produce así en la década del noventa una apertura económica negociada al mundo que avanza en las siguientes direcciones. Por una parte, con iniciativas de carácter bilateral, en el marco de la ALADI<sup>10</sup>, y subregional en la CAN<sup>11</sup>, MERCOSUR y el G3<sup>12</sup>.

Por otra parte, se incorpora México al NAFTA, junto a Canadá y EE.UU., mientras simultáneamente este país busca integrar a toda la región a su proyecto de integración de las Américas. Finalmente, como lo señalamos arriba, entre los años 1986 y 1994 se lleva a cabo el proceso de negociaciones de la Ronda Uruguay del GATT la que, en condiciones de extrema debilidad política de los países en desarrollo, culminó con la aprobación de una apertura en servicios y mayor protección a las inversiones y a la propiedad intelectual. Sin embargo, la Ronda Uruguay no favoreció una mayor liberalización en los temas de interés de los países en desarrollo, en particular nada sucedió con el levantamiento de los subsidios a las exportaciones agrícolas. Pero lo más determinante de la Ronda Uruguay es que fijó los patrones de apertura económica de los países, referencia obligada para las propias negociaciones bilaterales e incluso para las decisiones de autorización de créditos por el Banco Mundial y FMI.

Hay que reconocer que durante este período avanza la integración económica regional, pero sólo bajo la forma de iniciativas bilaterales de aperturas de mercado tanto

en los ACE como en los proyectos subregionales tales como la CAN, el MERCOSUR, el G3 y el Mercado Común Centroamericano. No obstante, estos procesos no apuntaron en realidad a la formación de esa integración latinoamericana, que Prebisch y la CEPAL promovieron en los sesenta y setenta. Las exigencias a favor de la apertura al mundo establecidas por la OMC, convertidas además en condicionantes de los créditos del Banco Mundial y el FMI, así como la presión sostenida por EE.UU. para que la región se subordinara a su integración de las Américas, desde el Río Grande hasta Tierra del Fuego, colocaban a nuestros países en una posición muy difícil para conservar la prioridad latinoamericana por sobre las exigencias de apertura al mundo.

Para EE.UU. la integración de las Américas, propuesta inicialmente por Bush padre y continuada posteriormente, en el marco del ALCA y mediante TLC bilaterales, por el presidente Clinton y luego Bush hijo, se convertía en el siglo XXI en un proyecto de carácter estratégico, que trascendía lo puramente económico.

Así se desprende de la fundamentación que hace el Congreso norteamericano cuando aprueba el Trade Promotion Authority (TPA o fast track) en agosto del 2002, el que autoriza al gobierno norteamericano para suscribir compromisos internacionales en el ALCA, en los TLC y en otros acuerdos internacionales de naturaleza económica:

“La expansión del comercio internacional es de vital importancia para la seguridad nacional de Estados Unidos. El comercio es un factor crítico para el crecimiento económico de Estados Unidos y su liderazgo en el mundo. Las relaciones de comercio estables promueven la seguridad y la prosperidad. Hoy día los acuerdos comerciales sirven el mismo objetivo que los pactos de seguridad durante la Guerra Fría, comprometiendo a las naciones por medio de una serie de derechos y obligaciones.”

El comercio creará nuevas oportunidades para que EE.UU. preserve su fortaleza sin contrapesos en asuntos económicos, políticos y militares”<sup>13</sup>.

### **Debilitamiento del neoliberalismo y el futuro de la integración**

Hacia fines de los años noventa los países de América Latina se encontraban en medio de un juego cruzado que obstaculizaba la formación de un Mercado Común Latinoamericano. En primer lugar, se había instalado una concepción económica neoliberal que hacía

indistinto el compromiso comercial con la región o con otras latitudes, y que la propia CEPAL avalaba con su concepto de “regionalismo abierto”. En segundo lugar, la persistencia norteamericana por subordinar a la región a sus intereses no sólo comerciales sino estratégicos, mediante el NAFTA y posteriormente con el ALCA, se convertía en una presión política muy difícil de desafiar. En tercer lugar, la nueva fase de la globalización acorralaba a nuestros países en la exportación de bienes primarios mientras los inventores de marcas-patentes se concentraban en los países desarrollados mientras China y la India se dedicaban a la producción de manufacturas. Finalmente, la emergencia de la crisis económica en 1998 y que culminaría recién en 2002, obligó a los gobiernos a dar preeminencia a los problemas nacionales antes que a la integración regional.

Las políticas neoliberales terminaron con un desastre en la mayor parte de los países de América Latina. La crisis financiera asiática y el ciclo recesivo 1998-2002 condujo a una fuerte caída del PIB, al aumento de la pobreza y desempleo y a una notable expansión de las desigualdades. Los estados se debilitaron, la clase política tradicional se consumió en la corrupción y las burguesías nacionales, con el repliegue que había sufrido la industrialización, se debilitaron aun más.

En pocos años emerge un nuevo liderazgo político, que reemplaza al que durante varias décadas había dirigido a nuestros países. Ese liderazgo se convierte en la opción de los pueblos frente al desastre social provocado por el neoliberalismo y a la rampante corrupción que crece en el Continente. Así las cosas, son elegidos en procesos democráticos Lula en Brasil, Vázquez en Uruguay, Chávez en Venezuela, Correa en Ecuador, Morales en Bolivia y Kirchner en Argentina. Aún cuando los nuevos gobiernos cuestionan el neoliberalismo y se manifiestan críticos de las posturas hegemónicas de EE.UU. en la región, todavía no han construido un proyecto económico manifiestamente alternativo al actualmente dominante. Pareciera existir perplejidad para enfrentar los desafíos del desarrollo en la actual fase de la globalización y no se sabe muy bien como ganar posiciones competitivas especialmente frente a China y la India.

Sin embargo, y lo que resulta paradójico, es que tampoco estos gobiernos manifiestan una clara voluntad integracionista. Lula y el gobierno brasileño lideraron el rechazo al ALCA, cuestionando la postura negociadora de EE.UU. que insistía en los temas de apertura en servicios y en inversiones junto a la protección de la propiedad intelectual, y que rechazaba una discusión sobre el sistema

*antidumping* y los subsidios agrícolas. Pero, al mismo tiempo, Brasil no ha sido capaz, o no ha querido, ejercer liderazgo para que avance el proceso de integración regional. Por su parte, Argentina ha concentrado todos sus esfuerzos en resolver los problemas internos heredados del periodo Menem, colocando escasa preocupación en asuntos de política internacional y regional. Ecuador y Bolivia se encuentran en situación similar a la de Argentina, con el agravante que se han embarcados en el establecimiento de asambleas constituyentes para una reformulación del sistema político. Por su parte, Venezuela aparece en iniciativas de doble envergadura, con un presidente Chávez que despliega un activismo incesante para acumular fuerza internamente y que, por otra parte, intenta afirmar posiciones de liderazgo en Sudamérica, con una retórica que le ha significado varios conflictos con países de la región.

Bajo tales condiciones no se destaca un efectivo accionar integracionista que vaya más allá de las palabras o de iniciativas que quedan a mitad de camino. Las fuertes disputas comerciales entre Brasil y Argentina y el conflicto por las celulosas entre Argentina y Uruguay han colocado al MERCOSUR en situación muy compleja. El retiro de Venezuela de la CAN ha debilitado a la CAN, mientras el presidente Chávez se embarca en operaciones políticas que, como el ALBA, en vez de apuntar a la convergencia hacen más difícil la conformación de un mercado común regional. La ALADI no avanza en su proyecto de convergencia arancelaria regional ni en la homogenización de disciplinas. A su turno, Chile ha perseverado con la suscripción de TLC con los países industrializados, luego de su acuerdo con EE.UU. Al mismo tiempo, y después del fracaso del ALCA, los EE.UU. aseguraron un TLC con Centroamérica y otro con Perú, mientras se encuentra pendiente de aprobación el TLC ya negociado con Colombia.

En suma, el proceso de integración regional no avanza o más bien apunta a la dispersión. El comercio intrarregional MERCOSUR, que llegó a sumar un 25% del total de las exportaciones al mundo en 1997, apenas alcanza hoy día al 14%; la CAN supera levemente el 10%; y las exportaciones intra-ALADI son sólo un 15%<sup>14</sup>. Cifras que contrastan con el más de 60% de comercio intrarregional existente en la Unión Europea. O sea, mientras en este periodo histórico las exportaciones de los países de la región crecen vigorosamente al calor de la demanda de minerales y alimentos provenientes de la China y la India, el comercio entre nuestros países tiene a decrecer. Y al mismo tiempo la institucionalidad y las medidas de política para avanzar en nuestra integración se muestran débiles. No obstante, la retórica ha aumentado y las iniciativas se multiplican.

De la Comunidad Sudamericana de Naciones se ha pasado al UNASUR. Ha emergido el ALBA. Junto a la CAF ahora se tiene el Banco del Sur. Se ha conformado el IIRSA pero todavía con escasa efectividad práctica.

### **La Integración es irrenunciable**

A pesar de las dificultades que ha tenido la región para integrarse en sus distintas fases de desarrollo económico, la unión de nuestros países sigue siendo un proyecto irrenunciable. Probablemente hoy día más que en el pasado, porque actualmente los desafíos son mayores. En efecto, las particularidades de la fase en curso de la globalización hacen más vulnerables nuestras economías frente a los vaivenes de la economía mundial.

La emergencia de China y la India como potencias intermedias dificultan el posicionamiento competitivo de nuestros países en el sector manufacturero y más bien se han convertido en presión a largo plazo para que sigamos exportando combustibles, minerales y alimentos. Las nuevas cadenas productivas transnacionales, con la generación de marcas-patentes en los centros capitalistas, la producción de manufacturas y servicios en China e India y la exportación de bienes primarios en el resto del mundo empujan a nuestra región a explotar exclusivamente sus ventajas comparativas geográficas. Finalmente, las presiones norteamericanas por hegemonizar formas de integración bajo sus patrones estratégicos, y en desmedro de la integración regional, se han hecho evidentes con el NAFTA y los TLC con Chile, Centroamérica, República Dominicana, Perú y Colombia.

Para enfrentar los desafíos señalados la integración todavía puede desempeñar un papel fundamental y constituye una esperanza para salir del subdesarrollo y fortalecer la paz regional. Así como para EE.UU. la integración con América Latina se concibe como un proyecto económico, político y de seguridad nacional, de la misma forma debiera ser entendida la formación de un Mercado Común Latinoamericano para nuestros países.

Para salir del subdesarrollo nuestros países no pueden seguir replegados en la producción y exportación de bienes primarios y se encuentran obligados a diversificar su canasta productiva. Para atacar radicalmente la pobreza necesitan reducir el desempleo y terminar con el empleo precario, lo que exige potenciar a las pequeñas empresas y formalizar la ocupación. Para mejorar la productividad del trabajo, y competir con los países asiáticos, se necesita más inversión en ciencia y tecnología para mejorar procesos productivos y se requieren más recursos en educación pública para mejorar la calidad de la fuerza de trabajo.

Para cumplir todas esas tareas la integración es insoslayable. Los recursos en América Latina son generosos en bienes primarios pero escasos en ciencia, tecnología y educación. Las transnacionales se han concentrado en el control de la producción y exportación de materias primas de nuestros países y aprovechan las aperturas de mercado que nuestros gobiernos han conquistado para exportar indiscriminadamente, antes a los países industrializados y ahora crecientemente a China y la India. Las pequeñas empresas, generadoras de la mayor fuente de empleo, no reciben el apoyo de estados débiles y les ofrecen escasos recursos para ayudarlas a su modernización mientras se enfrentan con sistemas financieros expoliadores. Así las cosas, y bajo las nuevas condiciones de la globalización, sigue vigente la preocupación primigenia del Dr. Prebisch: la integración es un componente fundamental para el desarrollo. Para manufacturar, agregar valor a las exportaciones, potenciar las pequeñas empresas y mejorar la eficiencia de la fuerza de trabajo la unión regional resulta fundamental, aún en las nuevas condiciones de la economía global.

Con voluntad política se puede avanzar en hacer efectiva la integración regional. Exige, sin embargo, de algunos requisitos. En primer lugar, nuestros países, sus gobiernos, empresarios, trabajadores y organizaciones no gubernamentales deben reconocer y aceptar la diversidad económica y política que recorre la región.

En segundo lugar, los países más potentes económica y políticamente debe asumir liderazgo, como lo hicieron Alemania y Francia en Europa. En tercer lugar, para hacer integración de verdad hay que ceder soberanía, como sucedió con la Unión Europea y desplegar así políticas comunes. Con estos requisitos es posible dar los primeros pasos en la siguiente dirección:

- i. No hay razón alguna para continuar dilatando la convergencia arancelaria, la homogenización de disciplinas y un sistema único de solución controversias sobre la base de los existentes ACE bilaterales y los esquemas subregionales del MERCOSUR y la CAN. El trabajo ya se encuentra conceptualizado en la ALADI y la institución se encuentra preparada para su implementación. Son algunos países los que no muestran voluntad política suficiente para avanzar en esta tarea.
- ii. La globalización y la apertura al mundo no deben hacer olvidar que dos tercios de la producción de nuestros países se encuentran destinados al mercado interno. Consecuentemente, una completa liberalización en

bienes y servicios entre nuestros países sólo puede beneficiar el empleo y el fortalecimiento de las pequeñas empresas y además ganar posición competitiva frente a los grandes exportadores de manufacturas.

- iii. El tratamiento común frente al capital extranjero resulta cada vez más necesario. En vez de continuar en esa desgastante competencia por atraer recursos provenientes del exterior reduciendo las exigencias al capital, nuestros países debieran ponerse de acuerdo con una política común que permita su acceso pero que, al mismo tiempo, beneficie a los sectores que nos interesa promover y en condiciones que no sean expoliadoras para nuestras economías.
- iv. Tanto el gran capital como el pequeño y los gobiernos de la región deberían priorizar la construcción de una infraestructura regional que no sólo sirva para la exportación de nuestras materias primas, sino que favorezca la disminución de los costos de producción de los bienes y servicios para los mercados internos de América Latina. Los proyectos de energía, comunicaciones, caminos y puertos, por su envergadura inversionista y porque trascienden a un solo país debieran estar en el centro del proceso de integración regional.
- v. Frente al proteccionismo de los países industrializados, habida cuenta de la fortaleza inmensa de las transnacionales y frente a una institucionalidad económica internacional administrada por los países industrializados no cabe más estrategia que la unión regional. Desde la formación del Grupo de los 20 es que los países en desarrollo han sido capaces de hacer valer sus derechos en la OMC, lo que no fue posible en las negociaciones de la Ronda Uruguay del GATT. En consecuencia la consolidación de este Grupo es fundamental y debiera comprometer a todos los países de América Latina.
- vi. La apertura y la integración no son sólo fenómenos económicos. Son también políticos. Como ha sido evidente en otros periodos históricos, nuestra estabilidad política y solidez democrática se encuentran ligadas a lo que sucede en países vecinos. Los conflictos políticos y controversias económicas con el entorno dificultan este propósito, exaltan el chauvinismo y estimulan los argumentos a favor del armamentismo. Por tanto, el mejoramiento de las relaciones políticas entre nuestros países no sólo es fundamental para asegurar la paz regional, sino también garantía de desarrollo democrático. Además, sólo si existen confianzas mutuas se puede avanzar en iniciativas de desmilitarización, permitiendo reorientar recursos hacia proyectos productivas y sociales que tanto necesitan los sectores pobres de la región.

## Notas

1. Este trabajo recibió valiosos comentarios de Andrés Rebolledo, Alexis Guardia y Julio de la Fuente.
2. CEPAL, Panorama de la Inserción Económica de América Latina y el Caribe 2006. Tendencias 2007, Agosto 2007, Santiago de Chile.
3. Como se sabe, incluye a los países de Sudamérica, México y Cuba.
4. Originalmente como Pacto Andino.
5. CEPAL, Prebisch, Raúl: Un aporte al estudio de su pensamiento, Santiago de Chile, 1987.
6. Prebisch, Raúl: El mercado común Latinoamericano. Ed. CEPAL, Santiago de Chile, 1959.
7. La Decisión 24 del pacto Andino discriminaba a favor del capital nacional y regulaba con estrictez las operaciones de las inversiones extranjeras.
8. En sentido estricto, Williamson, detalló el siguiente decálogo sobre el "Consenso de Washington": disciplina presupuestaria; cambios en las prioridades del gasto público a favor de sanidad, educación e infraestructuras; -reforma fiscal encaminada a buscar bases imponibles amplias y tipos marginales moderados;- liberalización financiera, especialmente de los tipos de interés;búsqueda y mantenimiento de tipos de cambio competitivos; liberalización comercial; apertura a la entrada de inversiones extranjeras directas; privatizaciones; desregulaciones; y, garantía de los derechos de propiedad.
9. Prebisch, Raúl: *op.cit.*
10. La ALADI se constituye en 1980 y reemplaza a la ALALC.
11. Que cambia su nombre desde Grupo Andino
12. Se refiere al esquema subregional entre México, Colombia y Venezuela.
13. Ley de Comercio 2002 (TPA) que autoriza al presidente Bush a negociar tratados de libre Comercio.
14. CEPAL, Panorama de la Inserción Económica de América Latina y El Caribe 2006. Tendencias 2007, Agosto 2007, Santiago de Chile.

Enero 2008



La Friedrich Ebert Stiftung es una fundación política alemana. Se dedica a la labor de la asesoría y la capacitación política y ofrece espacios de debate en Alemania y en diversos países en todo el mundo. El objetivo de su labor es fortalecer la democracia y la justicia social. Para estos efectos, coopera con actores políticos y sociales de la más diversa índole en Alemania y en el mundo.

[www.fes.cl](http://www.fes.cl) / [feschile@fes.cl](mailto:feschile@fes.cl)